

muy activa en los conciliábulos de los anarquistas.

Escribía algunas veces, y tenía hecha una monografía, que permaneció inédita, sobre los tumultos anarquistas ocurridos hace algunos años en la Vía Ravana, por una cuestión de la cocina económica.

Es evidente que las excitaciones anormales de su cerebro fueron producto de la herencia epiléptica, manifestada al exterior bajo la forma de fanatismo religioso primero, y de fanatismo político después. En un país nuevo y saturado de vida, como es la Lombardia, situada lejos del centro, los primeros fanatismos que surjan no pueden ser más que religiosos, porque los campesinos sólo en la religión tienen ideales.

Ya hemos hecho notar que aun el mismo Henry, y Vaillant y Faure, sintieron en sus comienzos estos entusiasmos religiosos, tan opuestos en la apariencia á los que luego les sucedie-

ron (1). En la apariencia tan sólo, pues en el fondo constituyen una misma cosa: la tendencia á exagerar los ideales, los sentimientos menos positivos, menos conformes con la práctica y la realidad. Estriba la distinción en que los tiempos cambian, y este hombre, que hubiera sido un Pedro el Ermitaño si hubiese vivido en otra época, oliendo á incienso en todos momentos y rodeado continuamente de un ambiente de iglesia, al reunirse desde los diez y siete años con fanáticos anarquistas, que le infiltran sus ideas y le leen sus periódicos, sustituye al fanatismo religioso el fanatismo económico bajo la forma anárquica, y mata al Presidente de una República; y aquí, entre paréntesis, es preciso añadir que, á quien ha vivido entre los lombardos, sometidos al peso de los contratos agrarios; á quien conoce esa región, donde el campesino muere, si no de hambre, atacado de la

(1) *Revue des Revues*, Febrero 1894.

pelagra, y donde el proletario está en más triste y desesperante situación que los esclavos romanos, no le asombra ni le sorprende, sino que, antes al contrario, le parece muy explicable y lógico que en un ciudadano de inteligencia algo clara se opere ese cambio. El siervo antiguo era al menos mantenido por su dueño; el siervo lombardo no tiene ni eso; es tan baja su condición, tan oprimido y aniquilado se encuentra, que ni aun reaccionar puede, porque es necesario de todo punto un cierto grado de bienestar para poder disponer de fuerza que inicie y obre la reacción.

Si Caserio puso sus energías al servicio de dicha reacción, debe achacarse en gran parte á que su familia gozaba de un relativo desahogo.

Y he ahí por qué él, amantísimo de los suyos, no quiso volver á Motta, de donde tan repentina é inesperadamente se había fugado; y errante—escribía él mismo,—lejos de su pueblo, separado del hogar, su-

fre y llora por la suerte triste y desgraciada de sus padres.

Es de notar también cómo la epilepsia del padre, heredada por el hijo, arrastra á la acometividad á una naturaleza apacible y tranquila, é impulsa á la actividad de un exagerado fanatismo, y á las primeras filas de los secuaces de una doctrina disolvente, á un campesino habitualmente apático, que no tiene otro anhelo ni otros ideales que vivir confundido con la generalidad, «ni envidiado ni envidioso», y que, tan pronto como en él comienza á operarse el cambio, trabaja durante la noche para dedicar el día á la lectura de libros y periódicos, y arriesga su libertad en empresa tan peligrosa como la de repartir entre los soldados folletos anarquistas que destilan por todas sus páginas odio á muerte á la sociedad, á esa sociedad que los tiene á su servicio, y á quien están obligados á defender y amparar hasta con la última gota de su sangre.

Y luego él, ignorantísimo, que apenas sabe leer, quiere dirigir un periódico, y se lanza, por último, á cometer un horroroso delito, sin conmoverse ni antes ni después, como si se tratase de un empedernido asesino, avezado á la sangre; y es que el fanatismo, reforzado por la epilepsia, le ciega y le convierte en un ser feroz é indomable (1).

Á esta conversión contribuyó en gran parte el monoideismo (la preocupación de una sola idea), propio de una escasísima cultura; monoideismo que le impidió criticar fría y serenamente las doctrinas á que fué inducido, y contribuyó también la apatía singular hacia todo lo que ordinariamente interesa más á los jóvenes normales, la mujer, el juego, etc. (entre todas sus cartas no se encuentra ni una sola alusión á las mujeres ni al

(1) «En tanto que llegue el día en que pueda coger á un burgués por el cuello, mi corazón pedirá venganza; en un solo día podría hacerse un ejemplar y feroz escarmiento.»—13 Julio 1893.

juego, ni á ninguna otra diversión propia de su edad); y esto explica el que, siendo inexperto en la comisión de tal clase de delitos, acertase como acertó, y que ante la indignación pública no se obrara en él la reacción que se da en muchos monomaniacos, llegando á figurarse, por esa obsesión de una idea fija, que había matado en Carnot, no al templado y pacífico hombre de Estado, sino á un Tiberio ó un Dionisio (1). Gran parte hay que atribuir en esto á su crasa ignorancia: infeliz rústico primero, pobre panadero después, no pudo, al pasar del horno á la vida política, adquirir otras ideas que aquellas que le predicaban los anarquistas; y sucediéndole lo que á algunos santurrones ó beatos, que no ven más allá de lo que leen en los libros supersticiosos,

(1) El juez Benoist le preguntó: «Veamos, Caserio, ¿por qué matasteis al Presidente? ¿le conociais?—No.—¿Teniais algo de que acusarle?—Era un tirano; por eso le maté.—¿Sois, pues, anarquista?—Sí, y me envanezco de serlo.»

él no sabía de la cosa política sino aquello que le venía inyectando, por decirlo así, la canalla anarquista; siempre que un hombre se aferra á una sola idea, desarrolla para su logro ó para su realización una extraordinaria energía: recuérdense, en prueba de esto, los *asesinos* del Viejo de la Montaña Sira, y recuérdese también cómo los hipnotizados bajo la impresión monoideizante corren al término que se les sugiere con irresistible arrojo, sin pensar en los obstáculos que les impiden llegar á él. Esta energía estaba redoblada en Caserio por la epilepsia paterna, heredada por él bajo la forma que yo llamo epilepsia política ó manía de cometer delitos con fines políticos, de que he expuesto algunos ejemplos en el capítulo III.

NATURALEZA EPILÉPTICA.—Está conocida su naturaleza epiléptica con sólo considerar que él, buenísimo é intachable con la familia y los amigos, se vuelve feroz cuando se le habla algo de la anar-

quía, contraste que es uno de los más típicos caracteres de esta enfermedad.

En una de sus cartas, después de expresarse con gran templanza y suavidad en cuanto á su familia y á su incapacidad para recurrir á la violencia, dice: «Veréis, sin embargo, cómo al llegar mi día, sabré ser más enérgico y terrible que todos mis camaradas.»

Dicen de él estos mismos camaradas suyos que era pacífico y sobrio, pero que en el momento en que le tocaban á la *anarquía*, se tornaba una *fiera bestial*.

La siguiente escena suministra una incontrovertible prueba de la epilepsia psíquica.

Cuando, á una invitación del juez Benoist, simuló la repetición de la puñalada inferida á Mr. Carnot, se congestionó tanto su cara, de tal manera se le inyectaron de sangre los ojos, tan contrahechos y rígidos se pusieron sus miembros, y hasta tal punto febriles eran sus movimientos, que el juez, horrorizado y poco acos-

tumbrado á ver tales casos, exclamó:

—Basta; sois un monstruo.

Y Caserio replicó en una jerga, á medias francesa, á medias italiana:

—¡Oh, esto no es nada! Ya me veréis en el juicio y después en el tablado de la guillotina. ¡Ah, particularmente esta última escena, la de la guillotina, será hermosísima!

Y se reía cínicamente.

Mas á los cinco minutos quedó sumido en un gran abatimiento físico y moral, se desplomó sobre el catre y quedó profundamente dormido.

Apenas transcurrida una hora, se levantó sobresaltado, y poniéndose la cabeza entre las dos manos, pidió á los centinelas que le vigilaban día y noche que le llevaran aguardiente, ron ó cualquier *bebida fuerte*.

Es indudable que esta anécdota, que tanto espantó al juez, fué un acceso de epilepsia psíquica, seguida (como todos estos accesos) de un sueño profundo;

sueño que no podía tener su causa en un anterior insomnio, puesto que sus vigilantes dijeron que se pasaba casi todo el día durmiendo.

Sus cartas aparecen escritas con caracteres comunes, en lo que concierne á sí, á su familia, etc.; pero en cuanto habla de la *anarquía* ó de las persecuciones políticas, como la de España, en que fusilan á sus compañeros, los caracteres tórnanse enormes, y las palabras *anarquía* ó *España* ocupan media línea; y este es uno de los rasgos distintivos de los histéricos y de los epilépticos (*macrofragia*).

El más dominante carácter de los delincuentes por pasión es la corrección y la honradez; honradez que, llevada en multitud de ocasiones á la exageración más ilimitada, produce la excesiva hiperestesia (gran sensibilidad para los dolores propios y ajenos). Así resulta de un grupo de veinte cartas, escritas hace algunos meses, que aparecen claras y se-

guras más que cualquier testimonio que pudiera ser parcial y unilateral. En una época en que llevaba algún tiempo sin trabajo, decía: «Debería, por ser anarquista, no tener escrúpulo ninguno, y teniendo necesidad, como en efecto tengo, coger á un burgués por el cuello, y robarle su dinero; mas confieso que no me siento capaz de hacerlo.» He aquí la antítesis del delincuente nato (1), caracterizada, de otra parte, por el horror que de niño tenía á que sus camaradas robasen una manzana.

El delincuente nato se vale de los más

(1) «Me humillo al tener que ser socorrido por mis compañeros. Mas ¿qué he de hacer?

»Es verdad que siendo yo anarquista no debo respetar la propiedad, y que encontrándome en grave apuro para comer, debiera cogerlo allí donde lo hubiera; pero en esta ocasión, y obrando yo solo, no me siento con el valor necesario para coger á un burgués por el cuello y hacerle que me diera dinero.

»Apenas pudiera, vendería mis brazos á un burgués, y restituiría la suma.»

pueriles pretextos para justificar sus propios delitos.

HIPERESTESIA.—La exagerada sensibilidad para el dolor ajeno resulta probada en esta carta, escrita cuando le llamaban al hogar materno, y rehusaba el ir porque sufriría mucho ante las penas que hubiera tenido que presenciar:

«Mil veces, al echar mi cabeza sobre la almohada para dormir, pienso en los sufrimientos de los míos (de los que vivía lejos, y que le llamaban al hogar) y me abandono al llanto.

»Mas después, un pensamiento, que por ser más intenso que el primero, me domina, me dice: No eres tú la causa de los dolores de tu familia; es la sociedad actual.

»El primer pensamiento me dice que estoy lejos de mi madre. Yo no sería capaz de cometer la villanía que el soldado comete con sus padres: coger un fusil y abandonarlos repentinamente, siguiendo á cualquier superior militar (he aquí de

nuevo la epilepsia; recuérdese á Misdea). Aun siendo libre, no podría soportar con calma la infamia de los viles burgueses, y concluiría por ser arrestado, y estaría entonces aun más lejos de ustedes, porque el muro de una cárcel equivale á muchos kilómetros de distancia.

»Cuando venga la guerra, dejo bien á la mujer, bien á la madre ó bien á los hijos, y acudo á ella como los demás imbeciles. Ninguno piensa en el dolor de la familia, pero sí en su deber, y yo combatiré á esta sociedad y aniquilaré algunos burgueses. ¡Viva la anarquía!» (en enormes caracteres).

Solamente la gran hipermnésia propia de la enfermedad puede explicar la singular lucidez de su razón en los momentos en que se aprestaba para dar el golpe, y la facilidad para recordar después hasta los más pequeños detalles; así pudo describir (1) con admirable minuciosidad

(1) *Idea liberalé*, 8 Julio 1894.

todos los incidentes de su viaje; entusiasmarse con el idilio que se forja durante el camino; contemplar el paisaje que atraviesa; gustar la frescura del agua límpida que le apaga su rabiosa sed; y así pudo también calcular el modo de economizar el poco dinero que tenía, á fin de que fuera bastante para llegar á la ciudad en donde debía librar á la sociedad de un tirano.

Luego, la gran ciudad en fiesta, completamente desconocida para él, y que debía alucinarle y marearle con el vertiginoso movimiento de una multitud que llena las calles, y con el resplandor vivísimo de las iluminaciones; mas él encuentra, á pesar de todo, modo de orientarse, y sobre el campo mismo donde ha de cometer el delito, pocos minutos antes del momento que, según su plan, ha de ser también el último de su vida, él, que jamás ha empuñado un arma, continúa sereno y tranquilo, siendo un observador sagaz y preciso, y recoge cuantos

datos necesita para preparar con más seguridad la triste empresa que ha de ejecutar; se le ocurre segundos antes del atentado que necesita atravesar la calle, porque por la derecha vienen importantes personajes siguiendo en una carroza al cortejo oficial. Tal es el fanático obsesionado; tales eran los mensajeros del Viejo de la Montaña; ¡sólo que el Viejo de Caserio era Bakounine, y la misión que le había de valer el Paraíso, era matar al..... presunto tirano!

SANTIAGO.— Un tipo completamente análogo es Santiago Salvador French, de treinta y tres años de edad, campesino, casado, padre de una preciosa niña y confeso de haber arrojado desde el quinto piso á la platea del teatro Liceo de Barcelona, durante la representación del *Guillermo Tell*, para vengar á su amigo Pallás, dos bombas Orsini, que causaron la muerte á veinte personas.

No hace aún cuatro años era un ferviente católico, afiliado al partido car-

lista; cediendo á sus consejos, entró en un convento una hermana suya.

Un tío suyo, sacerdote, fué atacado, al cumplir los treinta y tres años, de una tan gran melancolía, que después de dejar escrita una carta, que, entre otras cosas, decía: «Cristo no vivió más que treinta y tres años; ¿por qué he de vivir yo más?», se saltó la tapa de los sesos. El padre de Santiago Salvador era criminal.

Al fanatismo religioso sustituyó bien pronto en Salvador el fanatismo anarquista, que alguien le inculcó en sus comienzos y que él luego concluyó de desarrollar con la lectura de periódicos y opúsculos de propaganda revolucionaria.

Renegó de la Iglesia y se hizo el más asiduo concurrente á los *meetings* anarquistas, donde conoció á Pallás, dedicándose después los dos al contrabando de la sal.

Los dos fanáticos intimaron y se unieron á otros compañeros de doctrina, fundando el grupo *Benvenuto Salud*.

Inició Paulino Pallás la campaña dinamitera atentando á la vida del general Martínez Campos. Fué condenado á muerte, y cuando le llevaron al lugar en que había de ser fusilado, exclamó: «La venganza será terrible.»

Santiago Salvador cumplió este testamento.

«Un día—cuenta su mujer,—poco después de la muerte de Pallás, vino Salvador á casa con dos bombas ocultas en la faja, y las dejó sobre un vasar. Al otro día las metió en un puchero y guardó éste en el baúl. La noche siguiente me pidió una peseta, y, á pesar de ser el único dinero que había en casa, se la di. Salió de casa, volvió á media noche, y, poniéndose ante mí y como si delirara, exclamó: «*Antonia, mi deber está cumplido; Pallás está vengado.*»

Es la reproducción de Caserio; ambos religiosos primero, después fanáticos, ignorantes campesinos y criminales por venganza política.

CAPÍTULO VII.

Altruismo.

Aquí surge, para el psiquiatra y para el sociólogo, un difícil problema. ¿Cómo es posible que en estos individuos, locos, criminales para casi todo el mundo, neuróticos y grandes apasionados, se dé un altruismo que no se encuentra en la generalidad de los hombres, y mucho menos aun en los locos y en los criminales, que son siempre los mayores egoístas del mundo?

Este altruismo, llevado al último límite, es uno de los caracteres que con gran maravilla encontramos siempre en Vaillant, en Henry, en Caserio y aun en